

Sol Calero

Pica Pica

Hace mucho tiempo en las afueras del Valle de la Pascua, en algún sendero de los llanos venezolanos, se encontró el cuerpo sin vida de un hombre llamado José Zambrano al pie de un árbol de pica pica. La leyenda varía en cuanto a los detalles de quién era José Zambrano: a veces es un pastor, a veces un cartero, a veces un soldado herido, a veces un forastero de humildes recursos que había caído enfermo. Su cuerpo lo descubrió un transeúnte al que se le había perdido su ganado. El transeúnte le dio cristiana sepultura a Zambrano y le pidió al ánima que lo ayudara a encontrar sus vacas. Si se le concedía el deseo, le prometió regresar y construir una capilla en el lugar donde estaba enterrado. Hoy en día la capilla existe, con muchas ampliaciones y mejoras, lo que significa que el ganado fue encontrado sano y salvo. Esta historia ha sido contada de generación en generación, a veces en forma de canciones populares.

Los viajeros que aún visitan esta capilla, se detienen con ofrendas para el Ánima de Pica Pica, prenden velas y rezan por el alma perdida de José Zambrano, quien se ha convertido en una figura de devoción, una especie de santo que concede deseos. La gente trae a cambio los llamados milagritos: pequeños objetos hechos a mano que representan sus oraciones y peticiones, con la forma de aquello que desean o les aflige: una pierna, un corazón, una casa, un carro. Algunos dicen que, si no te paras a traerle algo o rezarle, se te espicha un caucho en el camino.

Con su exposición *Pica Pica* Calero revisitó recuerdos personales sobre esta capilla milagrosa como el germen de un nuevo cuerpo de trabajo. En los viajes de su infancia de Caracas hacia la finca de su abuela, en los llanos profundos, su familia siempre se paraba a prenderle una vela al Ánima de Pica Pica. Su abuela tenía una colección de milagritos que había sacado de la capilla durante años, principalmente los que tenían forma de casa. En una de las visitas de la abuela a la capilla una mujer del pueblo que limpiaba, la vio agarrando uno de los milagritos y se lanzó al suelo de rodillas gritando con los brazos abiertos: “¡Milagro! ¡Encontré al ladrón!” Este episodio hizo que desterraran informalmente a la abuela de la capilla, pero también inspiró el compromiso de Calero con las iconografías populares, así como con las arquitecturas institucionales y sociales.

La exposición *Pica Pica* incluía los *Milagritos* de Calero, una serie de esculturas en diversos medios: recortes de madera con diseños tallados y ornamentados con mosaicos, piezas de metal repujado y motivos pintados a mano—representando aspiraciones comunes en Venezuela. A diferencia de los típicos amuletos miniatura de las capillas, los *Milagritos* de Calero son de gran formato: lupas amplificadoras de la necesidad y posibilidad de un milagro para poder mantener la vida diaria en Venezuela. Creadas durante un año particularmente duro, en el que las necesidades básicas eran difíciles de conseguir, las esculturas no aluden a artículos de lujo sino al deseo de lo más básico: Harina P.A.N., un refugio humilde, algún medio de transporte, papel higiénico, una rodaja de patilla. Todo esto junto a partes del cuerpo como manos, pies, ojos y corazones, que representan oraciones para curarse y tener salud. Estos talismanes se convierten en retratos de un sueño, una esperanza demasiado grande para que la cargue una sola persona y un nivel de desesperación en el que recurrir a poderes sobrenaturales puede ser el último recurso.

La pieza central de la exposición fue una obra colgante que caía en cascada desde el techo, sosteniendo milagritos en medio de una composición hecha de cintas, cuerdas, mangueras y materiales de construcción domésticos. Los amuletos quedaron flotando o suspendidos, como un sueño en espera de que se cumpla. Se usaron materiales de construcción y colores en las paredes para convertir la galería en un espacio contemplativo. El espacio estaba rodeado de otras dos áreas delimitadas por murales pintados con siluetas de milagritos populares. A los murales le seguían una serie de obstáculos improvisados que demarcaban la entrada de la capilla. Las paredes se salpicaron de clavitos que sirvieron como depósito de los deseos de los visitantes, quienes podían colgar sus propios milagritos—cortando y repujando un metal blando disponible en las mesas de trabajo a cada extremo del espacio. Los nuevos amuletos acumulados a lo largo de la exposición mostraron la variedad y abundancia que implica anhelar en colectivo.

Pensando en los objetos que la abuela de Calero coleccionaba (robaba, dirían algunos) de la Capilla de Pica Pica en Los Llanos, surge la pregunta de qué sucede con estos talismanes después de que sirven como ofrenda. ¿Permanecen en los altares indefinidamente? ¿Cuánto tiempo dura el deseo que ellos encarnan? La abuela de Calero quería coleccionarlos como objetos, como muestras del folklore y testimonios del vínculo entre artesanía y creencias populares. Sin embargo, se colaba un elemento supersti-

cioso pues ella también los trataba como objetos sagrados en su casa y eran venerados por toda la familia con velas y deseos. De manera similar, los *Milagritos* de Calero fueron diseñados para habitar esa zona gris, proponiendo que las esculturas sigan en contacto con la esencia de los deseos y esperanzas que las generaron.